

## EL PÍCARO EN LA LITERATURA IBEROAMERICANA

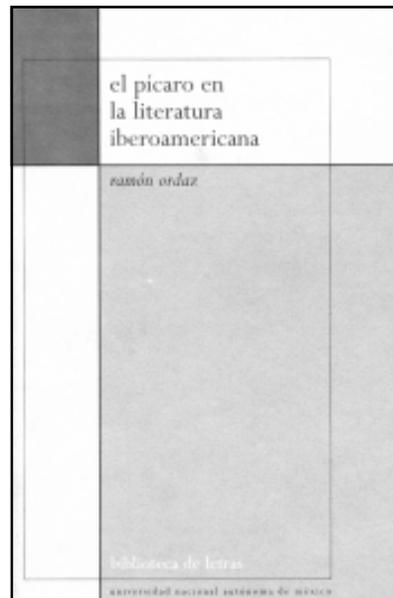
Ramón ORDAZ.

*Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.*

Cuando Blanchot establece el puente del antihéroe con las acciones de la novela, se refiere específicamente a la disparidad y la incongruencia que dentro de la literatura occidental se ha venido emprendiendo, desde la modernidad, como resultado de un proceso que se concreta en personajes desprendidos de la formación del pensamiento edificante, donde la bondad y lo bello se dejaban vislumbrar con la aparición de la "justicia", tal y como lo señalaba el canon clásico. Dentro de la conciencia se necesitaba una catarsis arrolladora que desembocara en la reformulación de patrones sociales y políticos manipulados por el poder en forma concéntrica, para derrotar cualquier precariedad que pueda desplazar éste hacia un margen para que las culturas periféricas se adentren en la observación como espejo de mayorías.

En *El pícaro en la literatura iberoamericana* de Ramón Ordaz, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, se exploran estos personajes sobre los que hace referencia Blanchot. Es la investigación de un género encaminado hacia la prolongación de la cultura popular, con la finalidad de desplazar el centro, de manera de romper las estructuras rígidas que prevalecen en muchas de las manifestaciones propias de la actualidad.

Al desgranar cada uno de los capítulos los enfoques corren en



diversas direcciones como consecuencia de los intereses que cada época ha tratado de adaptar. Así, el pícaro tiene un matiz particular en la primera fase de la modernidad. Luego se transformará en una absoluta oposición de caracteres al atracar sobre las costas del Nuevo Continente, para perfilarse como *propio de la naturaleza americana*, que se convirtió en un aparente caos, pero que dentro del sinfín de ruidos logra mantener un hilo conductor para desentrañar cada una de las propuestas, que en un principio fueron orientadas por las particularidades de los nuevos habitantes, en sus defectos y virtudes, para descomponerse y volver a unificarse a lo largo de cinco centurias en Latinoamérica. Es así como encontramos dos formas de concebir al pícaro: desde una visión europeizante y otra desde una postura muy americanizada que va más allá de una conquista de territorio.

Este análisis que realiza Ramón Ordaz conduce hacia el constante juego del Otro que se redime para que el pícaro pueda cumplir su cometido, es la alteridad que prevalece en el imaginario colectivo, con el personaje que se aprovecha de su posición un tanto cautivadora. La novela picaresca en España tiene características como *El Buscón* de Francisco de Quevedo, desplazada para moverse en manifestaciones periféricas y sobrevivir; pero no sólo es problema de sobrevivencia, sino de identificación con la cultura popular, sobre todo con la ironía. El personaje principal se cimienta sobre los excesos (alimentación, bebida, lujuria, placeres) que son, por así decirlo, resultado de conflictos sociales que se excluyen, pero son indispensables para generar una cierta variedad de motivos en la literatura como herramienta de reflejo y de mirada en el otro.

Es este pícaro de la España medieval, entrando a la Modernidad, una representación básica del robo, la manipulación, el desamor, la intriga, que en el texto de Ramón Ordaz parte desde la noveleta *Lazarillo de Tormes* y sigue luego con Quevedo y las diferentes perspectivas, como la del oportunista que entreteje una telaraña de ardides para sa-

tisfacen una necesidad corporal instantánea, es decir, los trucos y burlas que emplea son para alcanzar parte de esta satisfacción de la que nos habla Bajtín, que tiene objetivos inmediatos no perezcosos, con la finalidad de mantener un escape y esperar lo que pueda pasar al siguiente día. Generalmente, estas necesidades se cubren con la manipulación de las leyes. Hay en este punto una oposición al orden establecido, a la autoridad, pero con una trascendencia que no llega más allá de la conquista de un territorio efímero en la conciencia de cada personaje. Resulta paradójico, pero el pícaro se empeña en la burla, con una ironía solapada que no se atreve a desafiar más allá del juego del que habla el texto: *la novela picaresca se fundamenta en "leyes" que pretenden darnos razón de su estructura: la escritura en primera persona (autobiográfica); infortunios y calamidades del personaje (antihéroe), las travesuras y peripecias de éste expresadas a través de vulgarismos idiomáticos con el propósito de situar en la obra lo bufonesco, lo grotesco, lo cómico* (Ordaz 2000:38).

Luego, continúa la travesía por el sendero de la aventura que va a sufrir un viraje de estribor a babor de manera súbita, cuando en voz del mismo autor señala que el pícaro venía escondido en las bodegas de las naves que se desplazaban por el mar hacia el continente americano, y que al tocar tierra firme sufre la mutación más inesperada. Los navíos se atiborran de pícaros para adueñarse de nuevos territorios y es cuando su espacio, considerado "efímero" en Europa, se consolida en el Nuevo Mundo con claras posesiones de tierra. Así, el que antes era un bandido de las calles aquí es protector y benefactor de sus cómplices que además ostentan el poder, lo absorben, lo degustan y lo instauran de manera particular, utilizando las clases sociales que se traducen en el criollismo, para generar un abolenjo que en principio está conformado por corsarios, filibusteros y oportunistas, pero que con el correr de los años se transparenta como una estirpe social consolidada cada día más en esta región colonizada y explotada, para dar paso a la elevación de imperios regionales con posibilidades de reformar estatutos legales

que cuentan con el respaldo de la corona. La vida de la periferia del pícaro europeo en América se convierte en el centro, permitiéndole incluso la posibilidad de aferrarse a estructuras rígidas de poder, que le permiten la instauración de controles y sistemas de supervisión que van a extenderse hasta la actualidad, y que además dan paso a la estructuración política de los nuevos estados independientes. Este territorio permite la existencia de pícaros como el Primer magistrado en el Recurso del Método, o en la visión de Francisco Herrera Luque. Es una postura más profunda y compleja del fenómeno literario la que desencadena la posesión del poder en una hidalguía establecida sobre los restos que quedaron de la travesía a mar abierto. Este hombre nuevo conserva, apenas visible en él *algunas resonancias del pícaro peninsular y del pícaro colonial en nuestro continente*. Este proceso de transformación tiene su origen en *el hecho de que el heterogéneo habitante de América empezara por sedentarizarse y luego hidalguizarse ante una población nativa sometida a todas las exclusiones* (Ordaz 2000:57).

La doble visión del pícaro que propone el texto de Ordaz es un fascinante motivo para leer, detenidamente, el paso no sólo cronológico y la metamorfosis de los diversos impulsos que tuvo dicho personaje, sino que también permite apreciar un enfoque nuevo que, desde la relación del extenso corpus tratado, da pie para que el antihéroe irrumpa con toda su fuerza a liberarse de tabúes y dotar de una explosión policromática los grises motivos de la literatura latinoamericana.

*José Ramón Castillo*